

Los raros

El metal y la escoria, de Gonzalo Celorio

Rosa Beltrán

¿Cuándo empieza la vejez? Es una pregunta que me he hecho con frecuencia. A veces he pensado que inicia en el momento en que los lenguajes que conocíamos dejan de ser significativos; cuando las palabras comienzan a enunciar otras realidades y otras cosas. El ejemplo del mundo de las tecnologías digitales es el más claro. Quienes no se montan en el carro de la novedad se vuelven viejos instantáneos. Pero hay otros síntomas y los ha habido en épocas donde los cambios no eran tan vertiginosos. Me refiero a la percepción del cuerpo como algo que ya no nos acompaña, que ya no es cómplice sino más bien un traidor; a la visión de la aventura como dificultad; a la impaciencia. En algunos, a la necesidad de controlar y censurar las vidas de los demás, sobre todo, las de los jóvenes. Y a esa idea del pasado como algo irrecuperable pero necesario para explicarnos a nosotros mismos.

De todos los síntomas existentes, el más claro inicia con la certeza de que ya no somos nuestros días futuros; se envejece desde el momento en que nos abandona la idea de que nos espera lo mejor y se instala en cambio la certidumbre de que la vida, nuestra vida, es lo que fue.

Y porque no puedo ligar la vejez con el autor de este libro es que para mí ha sido difícil leer el final de la novela de Gonzalo Celorio, y ya sé que no debería empezar por el final sino por el principio. Pero es que sin su confesión de la propia fragilidad, de la pérdida de lo que se es y el pánico a que empiece a escribirnos esa otra memoria que todos llevamos inscrita en el cuerpo, la memoria genética; sin ese temor cotidiano de que lleguen las enfermedades que nos hagan olvidarnos de los hechos más obvios de nuestra historia y la necesidad

por tanto de escribirlos; sin todo ese final lleno de listas para no olvidar, esta novela no tendría sentido. Por eso empiezo desde ahí. Desde el impulso que hizo que el autor intuyera el declive, y lo confesara, y quisiera saber quién es, quién ha sido y qué ha sido su vida.

La idea de la estructura parecía fácil: narrar en capítulos alternados la historia de su abuelo y de su padre. Decidir, a la muerte del padre, que el padre sustituto es su hermano Benito, quien le cuenta a Gonzalo su historia y la historia de la familia mientras el narrador trata de encontrarse en ella. Pero el asunto se vuelve mucho más complejo. En primer lugar, porque es Gonzalo quien narra la historia aunque parece que la narra Benito, es decir, porque es Gonzalo o la mente de Gonzalo quien elucubra, sopesa, juzga, apropiándose de la voz del hermano. Porque es Gonzalo o, más bien, los papeles que encuentran él y sus hermanos (actas en la Secretaría de Relaciones Exteriores, memorias de la tía Luisa Celorio del Barrio, documentos históricos que describen la ciudad y a veces el país a principios de siglo y en los años cincuenta y sesenta del siglo XX, quienes hablan). *El metal y la escoria* es una novela pero es también una memoria de los modos de vida y las mentalidades de cuando menos tres generaciones; es un fresco donde la mirada se detiene en ciertos momentos y ciertos sitios: el mercado de la Merced; el Zócalo de la Ciudad de México; las modernas urbanizaciones de Cedros, Romero de Terreros y Mixcoac; los bares y calles centrales de Madrid; el camino de Santiago y el pueblo de Vibaño en Asturias, de donde salió el abuelo Emeterio Celorio hacia La Habana y de ahí a México para no regresar

a la Madre Patria jamás. Y en segundo y más importante lugar, se vuelve compleja porque en esta búsqueda de sí mismo que es la novela ocurre una disociación que es para mí una de las partes más fascinantes de esta historia.

Gonzalo es el undécimo hijo de una progenie de doce. No es fácil ser el hijo número once. Entre otras cosas, porque tienes que vestirte con la ropa de tus hermanos mayores después de que ha sido enmendada y adaptada a tu cuerpo. Porque tu madre te llama cuando descubre algún estropicio —por ejemplo, que alguien (tú) se tomó la lata de leche condensada y dejó la lata en su sitio, perforada por debajo, como hacía el Lazarillo de Tormes—, pero te llama sólo casi al final de una larga lista: “Virginia, Miguel, Alberto, Carlos, Benito, Tere, Ricardo, Carmen, Jaime, Eduardo, Gonzalo, Rosa”.

De modo que regañarte al tiempo que regaña a los otros, como si de un solo cuerpo, el cuerpo “hermanil” se tratara, es lo mismo que no darte carta de individualidad ni en el regaño siquiera. No es fácil ser el undécimo aunque quieras olvidarlo porque recibirás tus libros de texto con los nombres de tus hermanos mayores tachados sucesivamente conforme se asienta el nombre del nuevo heredero hasta llegar al tuyo. Y tampoco es fácil ser el decimoprimer si lo que quieres es ser visto, porque cuando te inscriben a los *boy scouts* y pides una fotografía a tu madre para tu credencial, ella busca y rebusca y al darse cuenta de que no tiene una foto tuya te da la de tu hermano Eduardo, al tiempo que te dice “al fin que todos mis hijos son iguales”. Ni hablar de tu primer reconocimiento: el diploma al Mejor Bachiller. Cuando esa tar-

de se lo enseñas a tu madre, ella te dice, con orgullo: “yo siempre he dicho que todos mis hijos son muy inteligentes”.

Ser igual y querer distinguirse; ser uno entre un montón y querer ser único, descubrir quién eres entre esa multitud, ese es uno de los temas centrales de esta historia. La contracara del tema es que la única oportunidad que tienes de saber quién eres es comparándote con esos otros de los que has querido distinguirte. Y trayendo a cuento sus historias. En esta novela hay una permanente tensión entre querer saber quién se es y una imposibilidad de saberlo. Y, por eso, la obra construye formas de resistencia que sin embargo parten del condicionamiento y el sentido de pertenencia a un mundo, el de la familia tribal de la clase media en México, ubicada en un espacio centrado en el orden simbólico del padre.

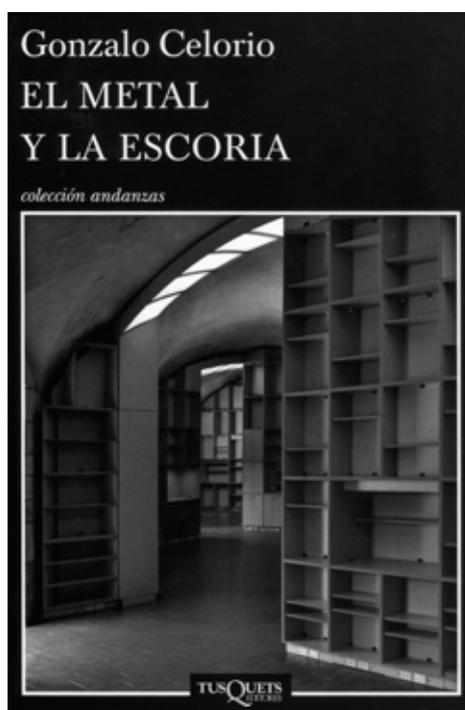
De las múltiples historias que hay dentro de esta saga, me gusta la de la migración del abuelo que abandona España para irse a “hacer la América” cuando esto era ilegal y cuando alguien podía hacerse rico gracias al negocio del pulque, que fue posible transportar sin que se fermentara, gracias a los ferrocarriles de Porfirio Díaz. También me gustan los fragmentos de la historia del padre, casi un abuelo, sentado en el escritorio de su despacho de jubilado. Su mundo narrado a través de sus objetos: un amasijo promiscuo de clips, una goma de borrar de dos colores, una pluma fuente negra y gorda, una perforadora de pinza que hacía hoyos rombales, unas pastillas de orozuz, legajos lacrados con sellos que certificaban las patentes de sus inventos. Me gustan los inventos en los que ese padre-abuelo se aventuró sin mucho éxito en una época en que los hombres tenían el ánimo de inventar cosas. Por ejemplo, el dispositivo espolvoreador de sustancias granuladas, como la sal de uvas; la cajita habilitada que despachaba fósforos de uno en uno; los círculos fosforescentes que habrían de pegarse en los respaldos de las butacas del cine para que delataran, iluminados por el reflejo de luz de la pantalla, cuáles asientos estaban desocupados en una época en que había “permanencia voluntaria” y uno entraba en cualquier momento de la película. Y el que yo compraría: “un dispositivo que se atornillaba al marco interior de una

puerta y contaba con un pistón que pendía sujeto por un resorte sobre un cartucho de pólvora. Al abrirse desde afuera, la misma puerta empujaba el pistón que percucía el fulminante”. O sea: una alarma contra ladrones. Me gusta ese tiempo en que no se vivía tan sólo del consumo de lo que producen los grandes consorcios trasnacionales o la piratería *made in China*.

Comprendo que esta es (y no podía no ser) una novela esencialmente masculina. Pero aunque lo comprenda y me guste imaginar la vida de los hermanos, el abuelo y el padre de Gonzalo y la vida de Gonzalo mismo —la autoficción aumenta su interés cuando sabemos quién está detrás—, mi personaje favorito es uno que el narrador Gonzalo Celorio detesta. Se trata de la tía Luisa Celorio del Barrio (alias Madame del Barrio), cuya vida me resulta desdichada y literaria como debe ser la vida de los personajes que se respeten. Qué me importa si sus artes para conseguir marido fueron o son deleznable, a saber: deprimirse y meterse a vivir a una cama, de modo que llegue el médico familiar con sus abatenguas de palito de paleta y la ausculte y decida casarse con la enferma, porque esta habla francés a la perfección (fue educada en Suiza), porque es enigmática y elegantísima. Sentirse inconforme con el marido modelo y decidir que era mejor opción la depresión y la cama. Divorciarse porque resulta que la tía no es enigmática, sólo franquista,

y el médico resultó ser republicano. Huir de la Ciudad de México para irse a radicar a Torreón (*of all places*) a fundar la Alianza Francesa de la Comarca Lagunera. Me encantan los desplantes y caprichos de la tía. Su modo de vestir con el collar largo y el abanico de marfil colgando al frente al último alarido de la moda parisina; me encanta que viva en la misma habitación de hotel toda la vida; me encanta que arroje su chalina a un torero y con ello se gane la condenación eterna de la sociedad coahuilense, y que sea estricta y repruebe a casi todos sus alumnos y con ello se gane la admiración eterna de la misma sociedad que la desprecia. Los personajes literarios no pasan por el rasero del tamiz moral y pueden ser la coronación literaria aunque en la vida sean el dolor de la familia.

Dije que *El metal y la escoria* es una novela de hombres. Pero las mujeres que asoman sólo de repente, aunque no las inviten a asistir a las largas sesiones del Covadonga, donde los hermanos recuerdan su vida, esas mujeres son la salsa bechamel de esta historia. Porque su existencia marcada por tropiezos o por grandes y pequeñas tragedias las ayuda a explicar esa otra parte del enigma. Quiénes son o fueron los maridos de esas viudas. Quiénes son o fueron las parejas de esas muertas prematuras (el abuelo es dos veces viudo y lo enterraron con una esposa encima y otra debajo). Y quién es el narrador-detective que no puede contarse sin esas mujeres y esos hombres que lo antecedieron y lo acompañaron hasta el momento en que escribe estas líneas. Hasta el día en que la historia da un giro. Cuando el autor se ve incapacitado de seguir por la enfermedad incurable del hermano que teóricamente narra, Benito. Y he aquí el final, que es el principio. La falta de la memoria de Benito y la consecuente pérdida paulatina de la identidad son el golpe de gracia que obliga al narrador a contarse de otro modo. De un modo que a todos nos toca porque nos obliga a preguntarnos de qué elementos está compuesto ese metal que somos y hasta dónde la escoria de cualquier familia es nuestra escoria. **U**



Gonzalo Celorio, *El metal y la escoria*, Tusquets, México, 2014, 233 pp.